

FR. PEDRO MALON DE CHAIDE

(Estudios sobre la poesía mística en el siglo XVI) (*)

POR

PEDRO JOSE PIDAL

(PRIMER MARQUES DE PIDAL)

Este elocuente y elegante escritor, como le llama don Nicolás Antonio (1), ni es tan conocido ni tan apreciado como en mi concepto debiera serlo. Capmany dio algunas muestras de su bella prosa en el *Teatro de la elocuencia*, y Bohl de Faber insertó algunas de sus poesías en la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, publicada el año pasado en Hamburgo; pero como esta obra es rara en España, y como ni en la colección de Fernández, ni en la de Sedano, ni en la del Sr. Quintana se ha incluido ninguna de sus composiciones poéticas, este elegante escritor, a pesar de las repetidas ediciones que se han hecho de su *Conversión de la Magdalena*, es leído y aun conocido en la actualidad de muy pocos.

Floreció en el último tercio del siglo XVI; fue coetáneo de Fr. Luis de León (2) y aun de la misma Orden de San Agustín. Hizo, a lo que se echa de ver, estudios iguales o muy parecidos a los de este célebre poeta; se empapó

(*) Recogemos en nuestras páginas el trabajo de don Pedro José Pidal, primer Marqués de Pidal, publicado en su obra «Estudios literarios», aparecido en «Colección de clásicos castellanos» (1890) y apenas conocido. M. de la Pinta Llorente.

(1) *Elegans ac disertus utroque sermone hispano, pede libero ligatoque, scripsit eleganter. (Bibl. Nova).*

(2) La *Conversión de la Magdalena* se imprimió la primera vez en Alcalá, en 1596; pero se compuso muchos años antes, como se infiere de su prólogo.

como él en la lectura de los clásicos antiguos; bebió en los libros de la Biblia las sublimes inspiraciones y los raptos de elevación religiosa que distinguen a los escritores cristianos de todos los de la antigüedad, y pertenece, en cuanto a la locución y al estilo, a aquella escuela, sencilla si se quiere y sin atavíos, pero armoniosa, pura y de buena ley, de nuestros escritores del siglo XVI.

Distínguese esta escuela en general por la sencillez de sus formas y por la estricta imitación de los modelos antiguos: esto suele hacerla aparecer encogida y lánguida unas veces y copiadora las más, principalmente cuando se tratan asuntos en que se ocuparon los grandes escritores de la antigüedad. Pero cuando los de esta escuela, animados del sentimiento religioso, tan fuerte en aquella época, llenos de fervor y devoción, y sostenidos por sus profundas y enérgicas convicciones, trataban asuntos en que podían entrar las máximas y sentimientos del cristianismo, sus afecciones, su espiritualidad y sus vastas y elevadas contemplaciones, entonces estos poetas, combinando este grande y poderoso elemento con los elementos antiguos, vivificando sus concepciones hermosas y magníficas, sí, pero materiales y sensibles, con la espiritualidad y elevación del cristianismo; entonces eran originales, eran espontáneos, y creaban una especie de poesía nueva, desconocida y de mayor sublimidad y grandeza que la hasta entonces usada y aprendida. El cristianismo fecundizó la literatura antigua, que acababa entonces, por decirlo así, de revivir, del mismo modo que fecundizó la antigua sociedad, la antigua moral, los antiguos sentimientos y la antigua filosofía; y como en todo lo demás, dejó marcado su indeleble sello en las composiciones literarias.

La *Profecía del Tajo*, de Fr. Luis de León, pudo ser reputada por una hermosa copia de la *Profecía de Nereo*, de Horacio; la magnífica *Canción a D. Juan de Austria*, de Herrera, será, si se quiere, una imitación de los poetas

griegos y latinos. ¿Pero de quién imitaron aquellos dos grandes escritores, el primero su *Noche serena* y su *Oda a Felipe Ruiz*, y el segundo sus *Canciones a la batalla de Lepanto* y a *la pérdida del Rey D. Sebastián*? En mi concepto, de nadie: el estudio de las formas y de la corrección clásicas, y la sublimidad y elevación de las consideraciones religiosas, hicieron a León y a Herrera ensayar un nuevo y no aprendido canto y arrancaron de sus lirás sonos sorprendentes y desconocidos.

Yo reputo, pues, a nuestros poetas religiosos del siglo XVI como a escritores originales en su línea, y como introductores de un género de poesía que podrá tal vez estar ya indicado en el Dante, en el Petrarca, en Jorge Manrique, y en algún otro, pero que seguramente nadie ensayó completamente y de propósito antes que ellos. No es éste el lugar oportuno; pero si lo fuera, creo que no sería difícil demostrar, por la generación y descendencia de las inspiraciones poéticas, que nuestros líricos sagrados del siglo XVI, ya directamente, ya influyendo sobre los poetas cómicos, que introdujeron en nuestro desarreglado teatro y desarrollaron en mil modos y combinaciones diferentes aquellos afectos y sentimientos nuevos, ejercieron una acción considerable sobre el carácter de la literatura moderna, que tanto debe en esta parte al estudio e imitación de los dramas españoles. Nuestros líricos inspiraron a su vez, y sucesivamente, a los grandes ingenios de Francia, Italia y Alemania. Tal vez esto parecerá a algunos una infundada paradoja, tal vez lo sea; pero puedo asegurar que para afirmarlo me apoyo en más de un motivo, que a mí me parece poderoso y quizás pudiera parecerlos a otros, si éste fuera el lugar oportuno de exponer las razones que me asisten. No olvidemos que hemos sido una gran nación que extendía su poder y su influencia por todo el mundo civilizado; no olvidemos que nuestra lengua era universalmente estudiada y conoci-

da (1); que nuestro ascendiente en la literatura era igual al que ejercíamos en la política; que nuestros dramas eran traducidos y admirados en casi toda Europa (2): separemos la vista de nuestra miseria y pequeñez actuales, y tal vez dejará de ser paradoja aquel aserto, o a lo menos de parecerlo.

Malón de Chaide pertenecía, como hemos dicho ya, a esta escuela clásico-religiosa. En su libro se encuentran con frecuencia imitaciones y aun traducciones de los escritores y poetas de la gentilidad; pero sea por el argumento de su obra; o, lo que yo creo más, por la dominación que en él ejercía el sentimiento ascético y religioso, este sentimiento predomina y resalta en todas sus composiciones y determina todos sus matices.

¿Quiere probar que la poesía no es indigna de tratar asuntos graves? Al momento apela a los ejemplos de David, de Jacob y demás escritores sagrados. «Decir, exclama, que es poca gravedad (emplear la poesía), es engaño, salvo si no llamamos menos grave al regalado rey David, que tantos sonetos y canciones compuso y cantó a la arpa divina en alabanza del gran Gobernador del universo. El mismo hizo las endechas tristes y romances (no de cuando D. Alonso de Aguilar murió en Sierra Nevada, ni de los Zamoranos), sino de cuando Saul y sus hijos murieron en los montes de Gelboé, y mandó que se

(1) El crédito de la lengua castellana era ya grande a principios del siglo XVI: el autor anónimo del *Diálogo de las lenguas* que dio a luz Mayans en sus *Orígenes de la lengua española*, dice, por boca del italiano Marcio, estas palabras que lo prueban: «*Porque, como veis ya en Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y gala saber hablar castellano.* A principios del siglo XVII dice Voltaire (*Remarques sur le Cid*) que *on se niquait alors de savoir l'espagnol, comme on se fait honneur aujourd'hui de parler français. C' était la langue des cours de Vienne, de Baviere, de Bruxelles, de Naples et de Milan: la Ligue l'avait introduite en France, et le mariage de Louis XIII avec la fille de Philippe III avait tellement mis l' espagnol a la mode, qu'il était alors presque honteux aux gens de lettres de l' ignorer.*

(2) *Les espagnols*, dice el mismo Voltaire, *avaient sur tous les theatres de l' Europe la meme influence que dans les affaires publiques; leur gout dominait ainsi que leur politique; et meme en Italie leurs oomedies ou leurs tragi-comedies obtenaient la preference chez une nation qui avait l' Aminta et le Pastorido.*

cantasen en Israel, como se cantan ahora los romances viejos de Castilla».

¿Quiere contestar a los que le censuraban por escribir en lenguaje vulgar y en estilo de todos comprensible? Su principal respuesta es el ejemplo de los escritores sagrados y de los padres y doctores de la Iglesia, que todos escribieron en el lenguaje común y vulgar de su tiempo o *en su castellano*, como dice con gracia nuestro escritor. Pero por lo que pueda contribuir a la ilustración de la historia de nuestra literatura y de los obstáculos con que tuvo en todos tiempos que luchar (1), y para ir dando al mismo tiempo alguna muestra del estilo del P. Malón, copiaré aquí algo de lo que dice con este propósito: «Habiendo yo comenzado, dice, esta niñería (así llama a su libro) en nuestro lenguaje vulgar... he tenido tanta contradicción y resistencia para que no pasase adelante, como si el hacerlo fuera sacrilegio o por ello se destruyeran todas las buenas letras, y de ahí resultara algún grave daño y perdición de la república de España: unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros, que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros, que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados». A todos contesta el P. Malón con los ejemplos ya citados de santos y de doctores, usando a veces del estilo vehemente, y del satírico y festivo en otros; pero cuando llega a responder a los que despre-

(1) Estos obstáculos han sido aún mucho mayores de lo que generalmente se cree: su historia, apreciación e influjo; su enlace y conexiones con las instituciones políticas y religiosas, y sus variaciones y vicisitudes en tiempos posteriores son aún una materia casi intacta, y, sin embargo, llena de utilidad y de interés, y muy digna, por lo mismo, de ser tratada con detención. «Cómo nadie podría figurarse, por ejemplo, que libros tan útiles a la vez e inofensivos como el *Tratado del origen y principio de la lengua castellana*, del canónigo Alderete, hubiesen tenido que ir a imprimirse a Roma por estar detenidas en España, por algunas causas, generalmente todas las licencias de imprimir libros de nuevos? Pues así lo afirma el mismo autor en su dedicatoria a Felipe II. Imagínese el trastorno y los embarazos que debía producir una medida tan absurda en una nación como la nuestra y en un tiempo en que todavía teníamos escritores aventajados y numerosos y correctos impresores!

ciaban o tenían en menos a la lengua castellana, entonces, como buen español y buen patricio, contesta con vigor, y hasta con desdén y virulencia, a los impugnadores; y complaciéndose en la hermosura de nuestra lengua, en la extensión que con nuestras armas iba a la sazón tomando, y en las glorias y triunfos de su patria, el buen agustino espera y pronostica que irán en lo sucesivo en aumento y prosperidad.

«No se puede sufrir que digan, exclama, que en nuestro castellano no se debe escribir cosas graves. Pues cómo, ¿tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que le tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello. Esta no puede alcanzarse si todos las dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y por salirme yo de esto, digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que con el favor de Dios habemos de ver muy presto todas las obras curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia a alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitemos, como lo habemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habremos de tener paciencia con los murmuradores, los que somos de los primeros en el dar la mano a nuestro lenguaje postrado».

Pero el P. Malón, lleno siempre y conducido del espíritu ascético y religioso, no se propone solamente en su libro un objeto aislado y reducido, por decirlo así, al propósito ostensible de su obra; le alimenta otra esperanza mayor: la de desterrar, si le fuese posible con la de su obra, la lectura de los que él llama *libros lascivos y profanos, rocas en que se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos*. «Por que ¿qué otra cosa son, exclama, los libros de amores, y las Dianas y Boscanes y Garcilasos, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los Amadises, Floriseles y D. Belianís, y una flota de semejantes portentos como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder de hombre furioso?... ¿Qué ha de hacer, continúa, la doncellita que apenas sabe andar, y ya trae una Diana en la faldriquera? ¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso?...». El Padre Malón sigue maltratando por el estilo al príncipe de nuestros poetas, y quisiera que tales libros *fuesen quemados por los padres en las manos de las hijas* que los leen. Esta severidad y rigor con los libros de amores y galanteos, y este deseo fuerte y sincero de acabar con su influencia, describen bien el carácter austero de nuestro escritor, y el motivo porque se decidió a escribir su obra en castellano y amenizar su elegante y bien construída prosa con las galas y lindezas de las composiciones poéticas que con ella mezcla.

Tenemos, pues, conocido el genio y la índole del P. Malón: entusiasta por la hermosa habla española; deseoso de perfeccionarla y pulirla y de emplearla, sobre todo, en asuntos graves y austeros; partidario decidido de la gala y dicción poética; repastado en la lectura de los libros clásicos y en la asidua contemplación de los bíblicos; lleno y poseído del sentimiento religioso, y nada escaso en numen y en ingenio, su estilo tiene facilidad, soltura y fluidez, sin dejar por eso de ser fuerte y enérgi-

co en los asuntos que lo requieren; sus pensamientos son a la vez ascéticos y agradables, severos en el fondo y llenos de gala y de primor en lo de afuera, y su poesía, aunque no del todo exenta de defectos, llena de aquella gracia y sencillez inimitables, que tanto nos conmueven y encantan en los poemas de San Juan de la Cruz y de Fr. Luis de León.

Aunque mi principal objeto es dar a conocer el mérito del P. Malón de Chaide como poeta, todavía para acreditar lo arriba dicho, y porque no deja de ofrecer alguna curiosidad el pasaje siguiente en lo que habla de los trajes usados por las damas del tiempo del autor (no muy diferentes, al parecer, de los de ahora), copiaré aquí un trozo de su prosa en que se le ve pasar del estilo fácil y festivo al fuerte, enérgico y apasionado. Habla con la Magdalena cuando se decide a buscar al Señor en casa del Fariseo, y le dice:

«¿Pues a lo menos, ya que vais, no iríades como moza rica y noble? Enrizad ese cabello, apretadlo con un rico prendedero de oro, enlazadlo con perlas orientales, poneos unos zarcillos con dos finas esmeraldas, un collar de oro de galanos esmaltes, y más seis vueltas de cadennilla sobre los hombros, de quien cuelgue un águila de soberano artificio, con un resplandeciente diamante en las uñas que caiga sobre el pecho; una faya de raso estampado, con muchos follajes de oro; un jubón de raso con cordoncillo que relumbre de cien pasos: poneos muchas puntas y ojales de perlas y piedras, una cinta que no tenga precio y una poma de ámbar gris que se huela a cuatro calles. Poneos más anillos que dedos; haceos de dijes una tablilla de platero, que así se componen las damas de nuestro tiempo para salir a oír misa, con más colores en el rostro que el arco del cielo, a adorar el escupido, azotado, desnudo, coronado de espinas y clavado en una cruz, Jesucristo, único Hijo de Dios, y por cristianas se

tienen (1). ¡Ay, que esa gala, donaire y hermosura es en-
gañadora. *Fallax gratia et vana est pulchritudo, mulier
timens Deum ipsa laudabitur.* Engañosa es la gracia y
vana la hermosura, y sólo la mujer que teme a Dios será
la alabada. ¡Oh desdicha de nuestro siglo, perdición y
castigo del nombre de cristiano! ¿Quién vio tan gran des-
ventura como la que pasa en nuestras repúblicas? Entrad
por esas iglesias y templos sagrados, veréis los retablos
llenos de las historias de los santos; veréis a una parte
pintado un San Lorenzo, atado, tendido sobre unas parri-
llas, y que debajo salen unas llamas cárdenas, que parece
que aun de verlas pintadas ponen miedo; los verdugos
con unas horcas de hierro que las atizan, otros soplando
con unos fuelles para avivarlas. Paréceme aquella gene-
rosa carne quemada y tostada con el fuego y que se en-
treabren las entrañas, y andan las llamas devastando, y
buscando los senos de aquel pecho jamás rendido; está
oayendo la grosura que apaga parte del fuego en que se
quema. Vereis en otro tablero pintado un San Bartolomé
desnudo, atado, tendido sobre una mesa y que lo están

(1) Los artistas y aficionados a esta clase de investigaciones pueden cotejar la descrip-
ción del traje de nuestras damas del siglo XVI que hace el P. Malón con la siguiente que
en tiempos no muy posteriores hacía el maestro Valdivielso en su *Vida de San José*
(canto IX):

Las bellas damas de la España nuestra
Usan hacer de sus soberbias galas
Gallarda ostentación, vistosa muestra,
Como el pavón de sus pintadas alas...
¿Qué es ver sus gasas, más que ellas sencillas.
De los soplillos celosías formadas,
Ayorcas, brazaletes y manillas,
Orejeras, zarcillos y arracadas,
Argollas, collarejos, gargantillas,
Cadenas, perlas, piedras, oro, espadas,
Sartas, brinqueños, broches, cabestrillos,
Pomas y frascos, ámbares y anillos?
¡Pues qué las arandelas tembladoras
Al viento del cerebro que las mueve...
Las falsas rosas y comprada nieve!...
¡Qué es ver de sus cabezas los jardines,
Las nuevas invenciones de tocados,
Los ricos más que honestos faldellines,
Por los postrados gustos inventados! etc.

desollando vivo. A otro lado un San Esteban que le apedrean; tópanse las piedras en el camino, el rostro sangriento, la cabeza abierta que mueve a compasión a quien lo mira y él arrodillado orando por los verdugos que le matan. Veréis en otra parte un San Pedro colgado de una cruz, un Bautista descabezado, y al fin muchas muertes de santos, y por remate, en lo alto, un Cristo en una cruz, desnudo, hecho un piélagos de sangre, abierto el cuerpo a azotes, el rostro hinchado, los ojos quebrados, la boca denegrida, las entrañas alanceadas, hecho un retrato de muerte. Pues decidme, cristianos: ¿para qué nos pintan esas figuras en los retablos? ¿Por qué no nos ponen a Cristo lleno de gloria, sentado sobre las coronillas de los ángeles, y a los santos vestidos de resplandor y llenos de alegría? ¿Para qué nos los representan muriendo y padeciendo trabajos? Yo creo que es porque entendamos que, por los tormentos que sufrieron en la tierra, llegaron a la gloria que tienen en el cielo, y así los sigamos en los trabajos si queremos ser sus compañeros en el descanso. Siendo, pues, esto así, ¿qué desatino es que os arrodilléis vos a orar delante de uno crucificado, de otro desollado, delante del apedreado, del despedazado entre los dientes de los leones, y que delante de los que están tales lleguéis vos más enojada y pintada que si fuéades a algunas bodas? ¿Cómo no os avergonzáis de poner os delante en tal traje? ¿Y con qué ojos miráis a los que allí veis tan lastimados? ¿Y con qué lengua les pediréis que sean vuestros abogados con Dios, que tendrán asco de volver los ojos a vos?•

Otras veces su prosa es poética, cadenciosa, y tan llena de ritmo y armonía, que casi sin percibirlo pasa de ella a la más fácil y graciosa poesía: así sucede en el pasaje siguiente, en que después de pintar conforme a las descripciones bíblicas la morada del Eterno y sus bienaventurados, continúa:

«Pues a esta celestial Jerusalén se subía la Magdalena

con el pensamiento, y puesta en aquel desierto, arrebatada en espíritu, se entraba por aquellas moradas y palacios de la gloria, a donde vía lo que ni los ojos vieron, ni oyeron las orejas humanas, ni cupo jamás en terreno pensamiento, lo que tiene Dios aparejado para los que viven allá sobre las estrellas. Oía resonar aquella celestial ciudad con las voces angélicas, que cantaban dulces sonetos de gloria al gran Príncipe y Padre de la naturaleza. Pero sobre todo vía salir aquel cordero divino, la lana más blanca que la nieve por hollar, que, repastado por los prados de la gloria, va cercado con mil coros de vírgenes bellas, coronadas de flores que jamás se marchitan, que con danzas y canciones siguen

Al cordero que mueve
Con el cándido pie el dorado asiento,
La lana más que nieve
Cuajada allá en el viento,
En cuya mano va el pendón sangriento.

Hablo de aquel cordero
En celestiales prados repastado,
Que al lobo horrendo y fiero,
De duro diente armado,
De la garganta le quitó el bocado.

De aquél que abrió los sellos,
Que fue muerto, mas vive eterna vida,
Y los misterios dellos,
Con su luz sin medida,
Mostró su cerradura ya rompida.

Cércante las esposas
Con hermosas guirnaldas coronadas
De jazmines y rosas,
Y a coros concertadas,
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.

En esa luz inmensa,
Hechas unas divinas mariposas,
Arden libres de ofensa,
Y el fuego más hermosas
Vuelve esas almas santas tus esposas.

Y cuando al mediodía
Tienes la siesta junto a las corrientes
Del agua clara y fría,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes.

Porque las arrebatá
El dulce olor que el ámbar tuyo espira,
Y el blando amor las ata
Que en sus pechos aspira,
Pues siempre te ama el que una vez te mira.

Anda en medio de ellas
Dando mil resplandores y vislumbres,
Como en sol entre estrellas,
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos, das tus lumbres», etc.

Todo en esta composición es religioso y místico: el asunto, el sabor, el colorido; como tal está llena de rasgos, de pinceladas y de imágenes, tomadas, más o menos directamente, de los libros bíblicos; pero ¡cuánta hermosura, cuánta unción, cuánta poesía, por decirlo de una vez, no hay derramada sobre aquella agradable sencillez y aquella encantadora naturalidad!

El cuadro *espiritual* del cordero divino cercado de los coros de las vírgenes que, coronadas de jazmines y de rosas, siguen sus pisadas llenas de amor por los campos de la gloria, es por sí solo ya de una gran belleza; pero ¡cuánto no la hermosean y engalanan además los accidentes e imágenes con que el poeta la enriquece! ¿Qué pintura tan fresca y tan risueña nos presenta, entre otras, la siguiente estrofa en que habla el divino cordero de las hermosas vírgenes que le siguen?

Y cuando al mediodía
Tienes la siesta junto a las corrientes
Del agua clara y fría,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes.

Pero las principales composiciones poéticas del Padre Malón consisten en imitaciones o paráfrasis de los salmos de David; y aunque en ellas frecuentemente se descubre el teólogo cristiano y el sutilizador escolástico, pocos se pueden adelantar al P. Malón cuando va en pos y sigue los arrebatados vuelos del rey profeta. Citaré en comprobación de esta verdad, algunas estrofas de la paráfrasis del magnífico salmo 103, en que David ensalza el poder de Dios refiriendo las maravillas de la creación:

Las obras contemplando
 De aquella mano dina
 Del gran Padre y Artífice divino,
 Mi alma va faltando
 Porque a la luz tan vecina
 No ví seguro paso, ni hay camino.
 Mas a ciegas ya atino:
 Canta, alma, alguna cosa,
 Y alaba como quiera
 La gloria verdadera
 Del que en la innacesible cumbre posa,
 Pues mostró en lo criado
 Que grandemente se ha magnificado.
 Cubierto de hermosura,
 Cercado de alabanza,
 De claro resplandor estás vestido,
 Y en la mayor altura,
 Do humano ser no alcanza,
 Los cielos como piel has extendido.

.....
 Cual nube en el Oriente
 Bañada del tesoro
 De Febo, con mil luces amorosas,
 Así en resplandeciente
 Nube bordada de oro
 Subes do el cielo mides y rodeas,
 Y a veces te paseas
 En las plumas del viento.

.....
 A la voz poderosa
 Que diste antiguamente
 Cuando todo de nada lo criastes.

Huyó la mar medrosa
 Y encogió la corriente
 A do en sus anchos senos la encerrastes,
 Y sus ondas turbastes
 Con un horrendo trueno.

.....

Oh fuerza, oh poderío,
 Oh valor verdadero
 De tu brazo, que el bravo mar enfrena,
 Y quebrantas su brío,
 No en montañas de acero,
 Sino en una menuda y floja arena.
 Y cuando brama y suena
 Porque con cruda guerra
 Los vientos forcejando,
 Y en las aguas luchando
 Con ellas piensan anegar la tierra,
 Aquellas ondas bravas
 Aun sin cubrir la arena las desbravas.
 Tú por secretas minas
 Y venas de la tierra
 En los valles amenos rompes fuentes
 Los ríos encaminas
 Por entre sierra y sierra,
 Y entre montes das paso a sus corrientes.
 En sus aguas lucientes.
 Bebe el león y el oso;
 El gamo, el ciervo juegan,
 Cuando a las fuentes llegan,
 En medio del estío caluroso,
 Y mientras su vez viene
 Al salvaje asno su gran sed detiene.
 Sobre las altas breñas
 Diste a las aves nido
 Do sin recelo libres anidasen,
 Y en medio de las peñas,
 Con canto no aprendido,
 Con sus árpadas lenguas te alabasen.
 Y cuando callasen
 Por el escuro velo
 De la noche serena,
 Sola la Filomena
 Por su dulce garganta en triste duelo

Despida sus querellas,
 Moviendo a compasión a las estrellas.

.....
 Cuando Dios de la altura
 Mira, tiembla la tierra,
 Y los altos collados,
 Siendo por El tocados,
 Humean, que su fuerza lo atierra,
 Y como cera al fuego,
 Si tú lo miras, se derriten luego.

Véase también cómo traduce o parafrasea el primer versículo del salmo 41, *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus:*

Como la cierva en medio del estío
 De los crudos lebreles perseguida,
 Que lleva atravesada
 La flecha enarbolada,
 Desea de la fuente el licor frío,
 Por dar algún refresco a la herida;
 Y ardiendo con la fuerza del veneno,
 No para en verde prado o valle ameno,
 Así mi alma enferma te desea,
 Eterno Dios...

En este salmo hay también otras estrofas no menos bellas y originales; tal es la que empieza:

Del patrio suelo ajeno y desterrado
 Por la ribera del Jordán voy solo.

Y la que principia:

Como allá en el estío caluroso
 Sube de oscuro valle negra nube.

Pero sería muy difuso referir todos los rasgos de hermosa poesía que Malón de Chaide introdujo en sus imitaciones de los salmos, tanto más, cuanto que mi propósito no es insertar en este artículo sus mejores trozos, sino llamar con los que se pongan la atención de los literatos hacia un escritor en la actualidad poco leído. Observaré, con todo, que su poesía es de mejor ley, y tiene más ner-

vio y expresión cuando campea libremente y sin sujetarse a la traducción o a la paráfrasis de un salmo, que cuando sigue paso a paso los giros y pensamientos del Profeta: así se ve que, aun en las imitaciones, sus trozos mejores suelen ser aquéllos en que se separa enteramente del texto original, y se abandona el poeta a sus inspiraciones. ¡Lástima grande que el P. Malón lo haya hecho tan pocas veces!

Véase una prueba de lo que acabo de decir en la composición que empieza *Oyeme, dulce esposo*, comprendida en la colección de Bohl de Faber, y también en las octavas que principian:

Hermoso sol, que en medio de ese cielo
La vida vas midiendo a los mortales.

De esta última composición pondré algunas muestras para terminar este artículo, y para acabar de dar una idea aproximada del mérito poético del P. Malón. Pinta en ella *un hombre apartado del ruido del mundo y que ha dado consigo en la soledad, a donde hace alarde de las mercedes que de la mano de Dios ha recibido*. Describe con este motivo sus malos pasos y vida pervertida, y al pintar lo cerca que estaba ya de su perdición y del abismo en que iba a recibir eterno castigo, levanta su entonación el poeta, y prorrumpe en los siguientes versos, que se igualan, en mi concepto, a los buenos pasajes del Dante:

Ya estaba cerca del oscuro lago,
Ya el fuego me esperaba que allí ardía,
Ya se veía el horrendo y grave estrago
De los que allí padecen noche y día,
Ya estaba de mis males cerca el pago:
Yo, ciego, ni aun mi daño conocía,
Como hace el frenético que canta,
Cuando está con la muerte a la garganta.
Tú, Padre piadoso, en aquel punto
Con profundo consejo me esperabas, etc.

Se salva el pecador, y entonces su alma, ardiendo en gratitud y en amor, toma el lenguaje de la esposa de los

cantares, y dirige a su bien amado los bellísimos versos que siguen:

Ya del invierno se ha pasado el frío,
La primavera alegre es quien me viste,
Y el alma de mil flores hermosea
Que en sólo arder y amarte a ti se emplea.

Ven, pues, amado mío, que las flores
De mil colores pintan la ribera;
La tortolilla llama a sus amores,
Y nuestras viñas dan la flor primera;
No sientes ya (mi amado) los olores
De las diversas yerbas: sal, pues, fuera;
Vámonos a la aldea y cogemos
Las rosas y azucenas que queremos.

Allí, cuando el jardín del rico Oriente
Abra la clara aurora, y enfrenando
Los caballos del sol, saque el luciente
Carro, tú y yo, mi amigo, madrugando
Saldremos a la huerta, a do la ardiente
Siesta en alguna fuente conversando
La pasaremos bajo algún aliso,
Y no habrá para mí más paraíso.

Y cuando el rubio Apolo, ya cansado,
Los sudados caballos zabullere
En el hispano mar, y algún delgado
Céfiro entre las llamas rebullere,
Y el dulce ruiñeñor del nido amado
Al aire con querellas le rompiere,
Entonces mano a mano nos iremos,
Cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, oh dulce esposo;
Allí me gozaré a solas contigo;
Allí en aquel silencio alto reposo
Tendré mi amado en verte allí conmigo;
Allí en fuego de amor (oh más hermoso
Que el sol) me abrasaré, y serás testigo
De que te amo así, y que por tí solo
El día me es oscuro y negro Apolo.
Allí te alabaré y en dulce canto
Contaré las grandezas que me has hecho,
Y contaré cómo tu brazo santo
Con celestial poder rompió mi pecho,

y me libró del reino del espanto,
Movido por amor de mi provecho,
Y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Concluiré aquí este artículo con una observación muy digna de tener presente al querer apreciar a nuestros escritores del siglo XVI y XVII, y señaladamente a los ascéticos. La crítica filosófica y materialista del siglo pasado, despreciando y ridiculizando todo lo que era religioso y místico y contemplativo, mirando con desdén todo lo que no se sujetaba al frío cálculo y se sometía a las reglas geométricas de sus prosaicos raciocinios, nos ha casi imposibilitado, a los que con ella hemos nutrido nuestros primeros años y estudios, de conocer y apreciar aquel mundo poético e ideal a que se elevaban con frecuencia nuestros escritores ascéticos y nuestros líricos sagrados. La mofa y el desdén se asoman aun hoy a los labios de muchos al oír mentar el título de una obra mística o el nombre de un escritor religioso; y los Granadas, los Leones, los Márquez y Rivadeneyras son mirados todavía, por no pocos, como unos visionarios ignorantes, o como unos fanáticos despreciables. Nos olvidamos de la índole de la edad en que vivían, de la fuerza y vigor del principio que los guiaba y sostenía, y muy huecos con nuestra crítica positiva, con nuestros cálculos de escritorio, nuestra filosofía material y nuestra política de maquinaria, desconocemos la fuerza de las creencias, la animación y vida que infunden a todas las instituciones, el tinte que dan a todos los estudios y ramos del saber y, sobre todo, la elevación y los raptos con que, arrancando a nuestra alma del mundo sensitivo y material que cotidianamente la rodea, la levantan a las regiones de la idealidad, de la espiritualidad y la poesía. Sobrecargados así de pesadez, de materia y de pensamientos terrenales, ni podemos seguir a aquellos escritores, de otra índole y edad, en sus velos, ni comprender, por consiguiente, cuánto se ha

desarrollado en ellos la parte elevada, divina y melodiosa del pensamiento humano.

Para empezar a comprenderlos, para poder iniciarse en algunos de sus misterios, necesitamos cerrar los ojos, olvidarnos de este mundo de cálculo y de prosa que nos rodea y agobia, trasladarnos a los tiempos en que todo se divinizaba: el amor, el honor, la nobleza, la sumisión social y las empresas de la política y de la guerra, en que la parte moral predominaba sobre la materia y en que era común y frecuente sacrificar a una necesidad del alma todos los bienes materiales, y no pocas veces la libertad y la vida. El noble derramaba entonces su sangre por no manchar en nada su esplendor; el súbdito se sacrificaba gozoso en obsequio de su Rey y de su patria, y el cristiano trocaba los bienes y comodidades temporales por la pobreza y soledad. ¿Se hacían estos sacrificios sin compensación? No. A los bienes y consuelos que se abandonaban, sustituían otros consuelos y bienes de precio y calidad superiores en la apreciación y juicio de los que los buscaban; a los goces materiales y sensibles, reemplazaban los goces interiores, morales e intelectuales; a los del cuerpo, los del alma.

Sería muy difuso entrar en pormenores, y sobre todo inútil: sobra lo dicho para unos; cuanto se añadiera sería perdido para otros: estas cosas se sienten más que se conocen, y en las cosas de sentimiento están casi siempre por demás los ratiocinios.

Pero la intención y eficacia de estos goces debía necesariamente ser grande, íntima, profunda, cuando por ellos se abandonaban tantos otros bienes y placeres; debía, por necesidad, ocupar enteramente el alma, engrandecerla, elevarla y nutrirla de ideas y contemplaciones superiores, y hacerla vagar encantada por los magníficos espacios de la idealidad y del espiritualismo.

La expresión de estos deleites y transportes interiores; la manifestación de aquellas ideas y contemplaciones

grandes y elevadas, y la descripción de aquel mundo ideal en que vivían y gozaban, no podían menos de ser eminentemente poéticas y originales; y cuando el genio y el numen prestaban a esta expresión sus formas y armonías; cuando el habitante de aquel mundo intelectual y fantástico era poeta y se sentía como tal agitado del deseo ardiente de traducir en números y en ritmo sus sensaciones y afectos, brotaban de sus arpas torrentes de melodía y cánticos llenos de gracia, de novedad y de interés.

Así pintaba Calderón a los caballeros de su mundo intelectual, y les prestaba sentimientos y acciones análogos a su condición y esencia; así Moreto, Rojas y otros poetas cómicos, y así los autores de otros romances viejos pintaban la abnegación y el heroísmo de la fidelidad y de la subordinación social, la grandiosidad de las empresas caballerosas y guerreras y las sublimes y poéticas inspiraciones de la después tan ridiculizada caballería; y así, finalmente, nuestros poetas ascéticos y sagrados nos describían sus goces interiores, su exaltado amor, su vasta y elevada contemplación de las maravillas de Dios, y su fe y sus esperanzas en los premios y recompensas que les aguardaban en la celestial Jerusalén, en la bienaventurada mansión del Eterno.

Todos estos escritores tenían un auditorio empapado más o menos en las mismas ideas e inspiraciones, y muy preparado por lo mismo para seguirlos en sus raptos y en sus vuelos: sus sentimientos, aunque de más elevación y delicadeza, estaban por necesidad en armonía con el modo común de ver y de sentir de su época, y por eso su época los comprendía, los aplaudía y los admiraba. En la actualidad todo ha cambiado: aquellos escritores hablan ya a quien no puede comprenderlos; a quien, no estando en consonancia con ellos, ni puede sentir en su corazón los ecos de sus canciones, ni percibir en su oído el encanto de sus armonías; pulsan una cuerda que no vibra ya en nosotros, que no responde a la excitación

poética, ni tiene ya la resonancia antigua; y si no fuese por la especie de reacción que cotidianamente se desarrolla contra el materialismo filosófico del siglo pasado; apenas habría quien leyese ni comprendiese a ninguno de nuestros escritores del siglo XVI y XVII, y principalmente a los ascéticos y religiosos.

Y, sin embargo, ¡qué clase de hombres tan singular e interesante no eran por la mayor parte! Enteramente entregados a la contemplación y a las penas del alma, vivían una vida toda espiritual y poética; su fe los sostenía en todas las tribulaciones de la vida, y en el amor y en la poesía hallaban los más dulces consuelos en todos sus infortunios. Fr. Luis de León, aquella alma tierna y sensible, llena de unción y de armonía, aprisionado en los oscuros calabozos de la Inquisición, exhalaba su dolor en su bellísima canción a la Virgen, y esto le sostenía y confortaba para sobrellevar la persecución de sus enemigos y la dureza de aquel tribunal; San Juan de la Cruz, infatigable y laborioso en la *Reforma*, que emprendió y llevó a cabo con un celo y constancia que al parecer no se debían esperar de la sencillez y candor que le distinguían, sumido por el falso celo de sus hermanos de Orden en las estrechas cárceles de los Carmelitas de Toledo, se quejaba a Dios de sus padecimientos como pudiera hacerlo una amante abandonada por su amado (1).

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
Habiéndome herido:
Sali tras tí clamando, y ya eras ido.

Y esto le animaba y le fortalecía.

Borrad ahora de estas almas el sentimiento religioso, el ascendiente de la parte moral y los consuelos y esperanzas de sus profundas convicciones. ¿Qué quedaría? Dos frailes miserables, perseguidos con más o menos justicia por sus superiores... Pero la elevación, la sublimidad,

la melodía, la unción, la poesía, en una palabra, que animaba y vivificaba cuadros de tanto interés y valor, desaparecieron completamente, dejando en su lugar dos escenas de cárcel comunes y vulgares. Y efectivamente, sólo esto verán en ellos muchos críticos materialistas y muchos censores sin fe. Y entonces, ¿cómo podrán apreciar la pintura de unas situaciones que desconocen, y la expresión de unos afectos que no comprenden?

He aquí la fuente, he aquí el origen de tantos juicios falsos y equivocados como de nuestros antiguos escritores diariamente se forman, y con tanta seguridad y suficiencia se pronuncian.